

Aitor Díaz Paredes

ALMANSA

1707 Y EL TRIUNFO BORBÓNICO EN ESPAÑA

Prólogo de Joaquim Albareda



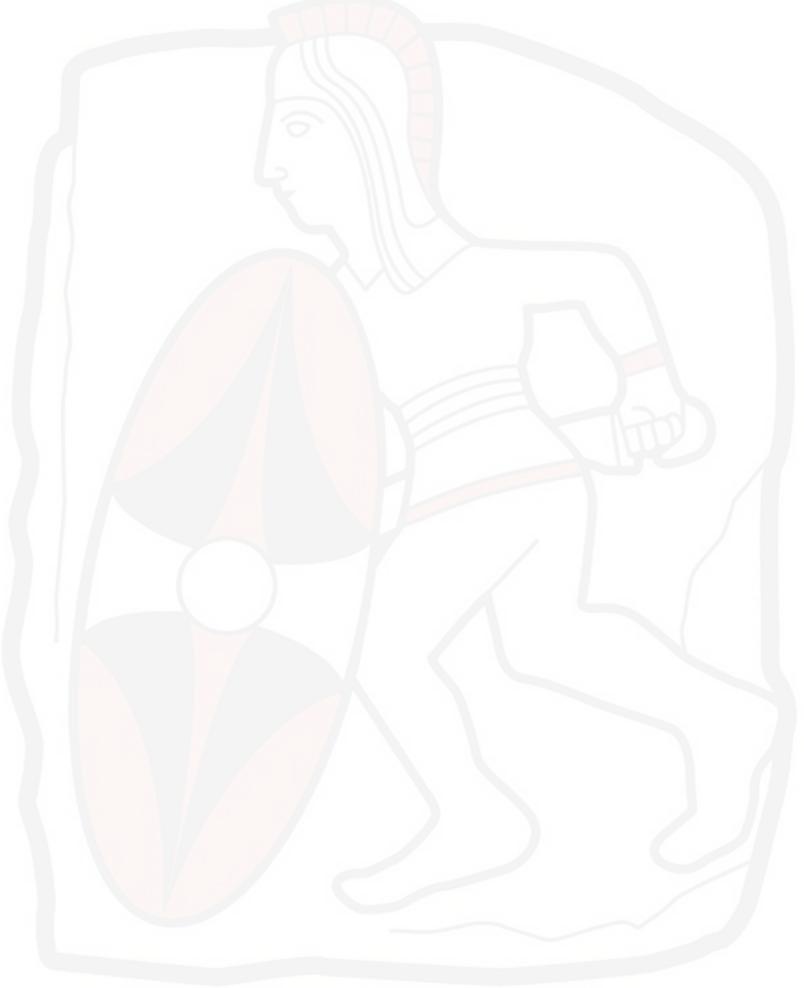
DESPERTA FERRO



EDICIONES

ALMANSA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ALMANSA

1707 Y EL TRIUNFO BORBÓNICO
EN ESPAÑA

Aitor Díaz Paredes

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Almansa
Díaz Paredes, Aitor
Almansa: 1707 y el triunfo borbónico en España / Díaz Paredes, Aitor
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022 – 504 p., 8 de lám. :il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-21409-2022
ISBN: 978-84-124830-4-8
94(460).051 94(460).051.1 (460.288)
341.39 355.2 355.422.ALMANSA

ALMANSA
1707 y el triunfo borbónico en España
Aitor Díaz Paredes

© de esta edición:
Almansa. 1707 y el triunfo borbónico en España
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124830-4-8
D.L.: M-21409-2022

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Carlos de la Rocha Prieto
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: octubre 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

En memoria de
Juan Miguel Paredes Muro,
nacido en Cabeza del Buey
el 28 de octubre de 1929,
mi abuelo, mi profe.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

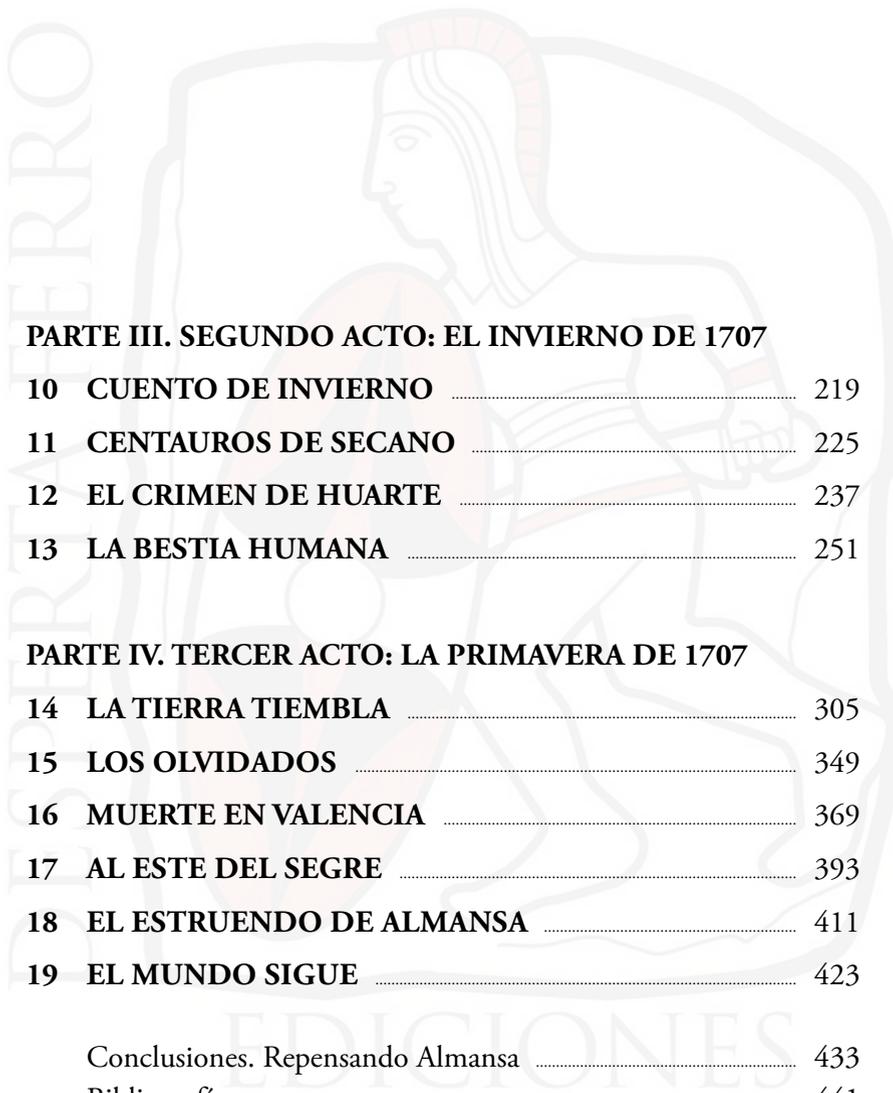
Agradecimientos	IX
Prólogo	XV
Equivalencia monedas	XX
Introducción. A propósito de Almansa	XXI

PARTE I. PRELUDIO

1 EL ECLIPSE	1
2 ANATOMÍA DE UNA CAUSA	15
3 AMÉRICA, AMÉRICA	35

PARTE II. PRIMER ACTO: EL OTOÑO DE 1706

4 MADRID, CIUDAD ABIERTA	67
5 RÍO JÚCAR	73
6 ALICANTE TENÍA UN PRECIO	105
7 LA ESPAÑA HEREDADA	123
8 EL LABERINTO DE MARTE	153
9 POR UN PUÑADO DE REALES	189



PARTE III. SEGUNDO ACTO: EL INVIERNO DE 1707

10 CUENTO DE INVIERNO	219
11 CENTAUROS DE SECANO	225
12 EL CRIMEN DE HUARTE	237
13 LA BESTIA HUMANA	251

PARTE IV. TERCER ACTO: LA PRIMAVERA DE 1707

14 LA TIERRA TIEMBLA	305
15 LOS OLVIDADOS	349
16 MUERTE EN VALENCIA	369
17 AL ESTE DEL SEGRE	393
18 EL ESTRUENDO DE ALMANSA	411
19 EL MUNDO SIGUE	423

Conclusiones. Repensando Almansa	433
Bibliografía	441
Índice analítico	463

AGRADECIMIENTOS

La investigación, al igual que el ciclismo, es un deporte de fondo. Este trabajo es el fruto de casi cinco años de esfuerzo. Un lustro en el que, en lo personal, ha habido alguna que otra *pájara*, y más de una –y de dos, y de tres– cirugías, con largos periodos de convalecencia para recuperar el *golpe de pedal*, sostenido por dos muletas y el compromiso de llegar a esta meta. Una vez de regreso, preparando ya la París-Niza, una pandemia, que se inició aún en pretemporada, puso las cosas si cabe más difíciles tanto para el ciclista como para el investigador. El Tour de Francia se corrió en septiembre, el Giro de Italia en octubre, la Vuelta a España en noviembre, y los servicios de reprografía de los archivos nacionales españoles y franceses movieron su calendario si cabe más allá, adentrándose sus valiosas digitalizaciones en un incierto 2021. Y, con todo, o pese a ello, se coronó cada subida, se entró en el corte bueno en cada *abanico*, y se sorteó cada tramo de *pavé* en tan accidentada ruta.

La investigación, de nuevo al igual que el ciclismo, es un deporte individualista, y, al mismo tiempo, de equipo. Del mismo modo que el ciclista, al final, está solo, y nadie da esas pedaladas por él, el historiador se enfrenta al legajo enmarañado, al manuscrito incompleto, al libro en otro idioma, en la soledad compartida del archivo, rodeado por un menguante pelotón de investigadores, todos ellos en su particular carrera contra el tiempo. Sin embargo, como pasa en el ciclismo, sin formar parte de un equipo, sin tener buenos amigos que te ayuden en la enfermedad, en las caídas y en los momentos de desazón, siendo, en fin, un *isolé*, llegar a esa lejana meta sería un calvario. Es necesaria

una estructura, una jerarquía, para que el sufrido gregario, el bisoño que corre por primera vez entre profesionales, no llegue a meta fuera de control, o abandone por el camino, derrotado por la exigencia y la excelencia que le rodean.

Todo equipo necesita un líder que ejerza como tal, y que sea una autoridad y un referente para sus escuderos. Ese líder debe saber motivarles y darles oportunidades, probarles para ver si son dignos de acompañarle en el Tour de Francia, o foguearles en alguna carrera menor. En definitiva, ese líder debe crear equipo, conseguir que las victorias y las derrotas sean sentidas como propias, a la par que compartidas, y mostrar cariño y paciencia a quienes intentan escoltarle hasta el último aliento. Por suerte, si he podido seguir montado en este *treno*, ha sido gracias a un *campionissimo*, que acumula un palmarés a la altura de muy pocos. Sin duda, este trabajo nunca habría llegado a su recta final sin la dirección de Rafael Torres Sánchez. La idea, el enfoque, la oportunidad misma de entrar en su equipo, se deben a él. El agradecimiento hacia el profesor Torres Sánchez es incondicional por parte de este humilde *équipier*.

No obstante, incluso el mayor *capo* del pelotón ha estado a las órdenes de un gran director. Es difícil disociar la leyenda de Bernard Hinault o Laurent Fignon del tronío de Cyrille Guimard, el mito de Perico Delgado o Miguel Induráin de la austeridad de José Miguel Echávarri. La carrera de mi líder, y la mía, y la de tantos otros, ha estado marcada por el magisterio moral, la talla académica, y la indisoluble bondad de Agustín González Enciso. A él le debo, además, el interés por mi época de estudio. Hace diez años, cuando era él mi profesor de Historia Moderna de España, descubrí este camino académico. Desde entonces, tengo el privilegio de contar con su consejo, inestimable atención hacia mi persona que espero poder corresponder algún día. El agradecimiento hacia el profesor González Enciso es obligado, desde mi absoluta pequeñez.

Claro está, el mejor líder y el más grande director necesitan de un comprometido patrocinador que otorgue su prestigio y financiación para que el equipo coseche victorias. La Universidad de Navarra, donde he cursado tanto el grado como el posgrado y el doctorado, nos ha apadrinado y dado la estabilidad que necesita todo investigador para proyectar su trabajo en el largo recorrido. En lo que atañe a un servidor, mi agradecimiento a dicha institución es incondicional, máxime cuando me dio su abrigo, si bien yo apenas sabía mantener el equilibrio sobre la bicicleta o controlar mis esfuerzos. Asimismo, la financiación del

Ministerio de Economía del Gobierno de España, concedida en 2017 bajo la forma de un contrato predoctoral, ha sido esencial para que este doctorando pudiese hacer sus concentraciones en altitud, no en Sierra Nevada, Andorra o Tenerife, sino en el Archivo Histórico Nacional, entre otros archivos y bibliotecas que aparecen referenciados en la relación de fuentes consultadas. Por supuesto, agradezco también al personal de todas esas instituciones su atención, buena disposición y callado trabajo en servicio de la investigación y, por lo tanto, del conocimiento. No habría ciclismo sin policías, organizadores y voluntarios de los clubes locales, del mismo modo que no habría historiografía sin archiveros, bibliotecarios y auxiliares de sala.

Como señalaba hace unas líneas, ni la investigación ni el ciclismo son posibles sin buenos compañeros, los más de ellos más veteranos, más curtidos, y más generosos que este aturullado *stagiaire*. En primer lugar, doy las gracias con especial énfasis a Antonio José Rodríguez Hernández, quien me ha guiado en las azarosas aguas del pelotón académico, y cuyo padrinazgo y amistad han evitado caídas y pasos en falso. Sin su buen y sensato criterio, sin aportar su calma y serenidad, me habría visto rezagado antes siquiera de empezar a subir la primera rampa. También hago hincapié en mi agradecimiento a Eduard Martí Fraga, quien me ha regalado su amistad durante esta larga travesía. Siempre presto a ayudar desde el humor y la humildad del que se da a los demás, sirvan estas líneas para reconocer su labor tanto investigadora como de servicio a sus colegas y alumnos. Por supuesto, hago extensible este reconocimiento a tantos miembros de este equipo, la Red Imperial, cuya confianza y afecto han sorprendido y emocionado a este mediocre gregario. Iván Valdez-Bubnov, Alberto Angulo Morales, María Baudot Monroy, María Dolores Herrero Fernández-Quesada, Álvaro Aragón Ruano, Eduardo Pascual Ramos, Vera Moya Sordo, Imanol Merino Malillos, Germán Segura García, Davide Maffi... les reitero, a riesgo de resultar pesado, mi agradecimiento.

A su vez, al igual que en el pelotón, hay otros equipos, y otros líderes. Antes de este paso por el circuito World Tour universitario, como simple *amateur* que era, veía como inalcanzables e inaccesibles a figuras de la talla intelectual y humana de Miguel Ángel Melón Jiménez, Carmen Sanz Ayán, Francisco Andújar Castillo, Joaquim Albareda i Salvadó, Hervé Drévillon y Peter H. Wilson. Fruto de la oportunidad de realizar mi doctorado al abrigo del profesor Torres Sánchez, he tenido la ocasión de conocer a quienes daban lustre a mi pequeña biblioteca, y de formarme con su consejo y maestría.

Poco sentido tendría tanto esfuerzo sin medios de comunicación dispuestos a difundir las mejores carreras del calendario ciclista. Durante más de una década, Desperta Ferro Ediciones ha aunado divulgación e investigación, publicando excelentes libros. Es un honor formar parte de su particular parrilla ciclista.

No obstante, nada de esto sería posible sin los aficionados, desde el *globero* más dominical, al enciclopédico *connaisseur* que recuerda a la perfección lo que pasó en el Bondone, allá por 1956. Espero que esta lectura les enganche tanto como una buena París-Roubaix, y validen la confianza depositada en un servidor por tan necesaria y valiosa editorial.

Por último, y, en efecto, al igual que en el ciclismo, he de agradecer a quienes han hecho una callada labor auxiliar, tan discreta como esencial. En primer lugar, agradezco a la Clínica Universidad de Navarra, y en especial al equipo liderado por el doctor Bernardo Hontanilla Calatayud, por reconstruir a tan maltrecho doctorando, y a las enfermeras de la quinta planta, por su ternura y cuidados.

Casi tan importante como estar en manos de buenos médicos, es ser avistado por buenos ojeadores, experimentados en el talento que se mueve sin aparente dirección en las categorías inferiores. El profesor Alban d'Entremont, geógrafo, aventurero, genio y demiurgo a partes iguales, ha sido mi maestro, y mi amigo, desde hace más de una década. Siempre confió en mí, por lo cual le estaré siempre agradecido, y, por supuesto, quedaré a su servicio. También tengo que incluir en este punto a la profesora Pilar Latasa Vassallo, por su infinita paciencia con un alumno que, en el aula, cuanto menos, era inquieto, y por sugerir mi nombre para un proyecto que concluye con la redacción de este prefacio. Hago extensible este agradecimiento a todo el profesorado del Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía de la Universidad de Navarra.

Entrados ya en la intimidad del ciclista y del investigador, es menester destacar al mejor mecánico posible, Luis Fernando Etxeberria Salaberria. Sin darme la rueda que tanto necesitaba, este trabajo no habría podido rodar sobre los Campos Elíseos, no hacia el Arco del Triunfo, sino en dirección al castillo de Vincennes. De igual modo, agradezco la revisión estilística a la par que pulcra de este manuscrito efectuada por Ángel de Miguel Martínez, poeta burgalés y erudito estellés *malgré lui*, tan poco aficionado al ciclismo como sufrido corrector de tantos escritores frustrados, entre los cuales me incluyo.

Y, por supuesto, el estropeado pedalista que escribe estas palabras no habría podido recuperar la salud ni concluir este trabajo sin su com-

pañero de entrenamientos y paseos, es decir, mi padre, Goyo, y sin su fisioterapeuta, psicóloga y cocinera particular, léase mi madre, Camino. A ambos, de forma especial, les doy las gracias.

Sea este el final de mi escapada, o el comienzo de una larga carrera, gracias a todos ellos, *la lanterne rouge* ha cruzado esta línea de meta.

Estella, 9 de enero de 2022

DESPERTA FERRO



EDICIONES

PRÓLOGO

En una obrita muy útil, *Ramillete de varias flores, y compendio de los successos mas memorables que han acaecido en Europa, desde el año de 1700 hasta el de 1722*, Baltasar Patiño, marqués de Castelar, destaca la batalla de Almansa entre las más importantes que tuvieron lugar durante la Guerra de Sucesión española de este modo: «1707. En 25 de abril, la memorable batalla de Almansa ganada por las armas de las Dos Coronas, comandadas por el duque de Berwick, contra los aliados, mandados por el marqués de las Minas y milord Galloway».¹ Sin embargo, más allá del trabajo pionero de José Luis Cervera Torrejón² y del espléndido libro coordinado por Francisco García González,³ no disponíamos, hasta hoy, de un libro de historia militar sobre la batalla de Almansa, como seguimos sin disponer de una historia militar sobre la Guerra de Sucesión de España. En cambio, contamos con trabajos excelentes sobre las consecuencias de la victoria borbónica frente a los aliados, tanto desde el punto de vista del dominio borbónico en España a partir de aquel momento –a pesar del nuevo repunte austracista en 1710– como de la ruptura constitucional plasmada en las Nuevas Plantas de gobierno, y sobre el triunfo del absolutismo. También sobre las repercusiones que tuvo para los reinos de Valencia y Aragón, que perdieron sus fueros y sus instituciones de gobierno, y de la represión durísima que los vencedores desplegaron en aquellos territorios, cuyo máximo exponente fue el incendio de Xàtiva a cargo del general D'Asfeld.

En este contexto, Aitor Díaz, lejos de una historia militar al uso, nos ofrece un excelente e innovador planteamiento en torno a una batalla, diría que casi a una guerra, explicando todos los factores que

entraron en liza. Mediante su exhaustivo trabajo ilumina un momento histórico decisivo puesto que la de Almansa fue, en realidad, una batalla clave exponiendo todos los elementos que entraron en escena hasta su desenlace. Nunca se había llevado a cabo una visión tan completa, tan ambiciosa, en los estudios de historia militar sobre la Guerra de Sucesión.

La lectura del libro es apasionante y la narración muy viva. El uso de las fuentes es sólido, aunque los fondos del Service Historique de l'Armée de Terre, del Archivo Histórico Nacional y de los archivos británicos son inagotables. La bibliografía utilizada es excelente y cabe destacar los resultados óptimos del uso de obras de carácter militar y también político.

Díaz nos descubre la inmensa complejidad de la organización de la guerra que abarca la movilización de dinero y de hombres, la provisión de recursos básicos y de pertrechos para las tropas, el transporte de los mismos, la estrategia militar, la propaganda, la carga y los abusos de las tropas sobre la población y la penuria de esta, las marchas maratonianas diarias de las tropas hasta la extenuación, el bandidaje como factor inherente al desorden provocado por la guerra, la desertión y la dispersión de los soldados vencidos, la suerte de los presos, la actividad frenética de los hospitales (excelente el apunte sobre el asiento de hospitales del listillo Pedro Carlos de Laugeac, precursor adelantado de depredadores contemporáneos). También nos habla de la acogida de heridos por parte de particulares, de la difusión del tifus, del enterramiento de los cadáveres y de la represión brutal ejercida por las tropas ocupantes. El drama personal y colectivo queda reflejado a la perfección en estas páginas.

En efecto: Almansa deviene el pretexto, el momento culminante, para explicar la Guerra de Sucesión en toda su complejidad. Confieso que he aprendido mucho leyendo el libro. En especial en relación con el tema de los asentistas y de los intrincados mecanismos de financiación de la guerra por parte de los diferentes estados implicados en la misma. También en el aspecto del reclutamiento y en el de la estrategia de combate y sobre la trayectoria de algunos militares poco conocidos hasta ahora, por no hablar de «los olvidados» de aquella y de todas las guerras.

La conclusión a la que llega el autor es inapelable: «los puntos fuertes del ejército borbónico fueron precisamente las debilidades del ejército que sostenía la candidatura austracista» por cuyo motivo la batalla de Almansa deviene la manifestación de la imposibilidad

de los aliados de ganar la guerra. Así, queda fuera de duda la ventaja geoestratégica, financiera, de reclutamiento, de provisión y militar en general de los ejércitos borbónicos, frente a la descoordinada alianza a favor de Carlos III, el Archiduque. A ello se sumó la imposibilidad de alzar un ejército de la corona de Aragón, no tanto por la falta de adhesión a Carlos III como porque su tradición política lo dificultaba. De paso nos permite constatar que la guerra cohesionó al felipismo y que alimentó, en cierta manera, un sentimiento nacional español. Aunque, si se me permite, apuntaré que la narración del éxito de la empresa de las Dos Coronas destila una cierta admiración por la dinastía triunfante y por las reformas que supuestamente iba a emprender. En realidad a la hora de analizar esta cuestión se impone la necesidad de distinguir entre rupturas (que afectaron a la estructura constitucional de la monarquía compuesta de los Austrias: las Nuevas Plantas) y reformas (medidas de mejora económica, administrativa, de gobierno y militar, cuyo objetivo principal era fortalecer el poder del rey y de la monarquía; aunque fracasaron las de mayor calado relativas al acceso a la tierra por parte de los campesinos, a la reforma fiscal y al código penal, entre otras). En verdad, se trataba de reformas que no obedecían a ninguna «lógica modernizadora» ha concluido Pedro Ruiz Torres.⁴

Puestos en ello, al objeto de completar el ciclo histórico de la Guerra de Sucesión, hay que recordar que la contienda duró siete años más que incluyeron algunos momentos muy críticos para los borbónicos. Sin duda, Almansa fue la batalla decisiva en España —en contraste con lo que sucedía en otros frentes europeos— sobre todo en términos políticos y para establecer el dominio territorial borbónico. Pero para sentenciar la guerra —si dejamos aparte el reducto catalán que para vencerlo Felipe V necesitó el apoyo de la tropas borbónicas al mando del duque de Berwick, el triunfador de Almansa— las batallas determinantes fueron las de Brihuega y Villaviciosa. No en vano, el *Ramillete* les dedica más atención que a Almansa y destaca el triunfo de «las Armas Españolas».⁵ Porque, ciertamente, el 1 de abril de 1709 Luis XIV se vio obligado a comunicar a su nieto que le abandonaba puesto que las condiciones de los aliados, conscientes de la debilidad de la monarquía francesa, en las negociaciones de La Haya fueron humillantes.⁶

En consecuencia, el rey de Francia se vio obligado a retirar una parte importante de las tropas así como al embajador-ministro Amelot. La princesa de los Ursinos fue arrinconada y se creó un gobierno formado por españoles, auspiciado por el «partido español», esencial-

mente antifrancés, que intentó negociar con las Provincias Unidas, mediante el conde de Bergeyck, para que abandonara la guerra a cambio de concesiones mercantiles en América. Un poco antes, a finales de julio de 1708, se había iniciado la conspiración del duque de Orleans aprovechando el malestar de la nobleza por la liquidación de los fueros aragoneses y valencianos y el contexto de incertidumbre internacional. Fue ideada por el propio príncipe que negoció con James Stanhope, comandante de las tropas británicas en España. En una segunda fase, a partir del 28 de abril de 1709, fecha de la reunión del Conseil d'en Haut en que se debatió el abandono de Felipe V, el duque de Orleans puso al corriente de sus maniobras a Luis XIV y el duque pudo retomar la actividad gracias a Joseph Flotte que contactó con diversos nobles (Montalto y Montellano, entre otros) y militares (en especial Bonifacio Manrique, Antonio Villaroel y Miguel Pons) para ofrecer la alternativa del duque de Orleans en el caso de que Felipe V tuviera que abandonar el trono, cosa que en aquel momento parecía probable. Descubierta la conspiración por la princesa de los Ursinos, e informado de ella Felipe V, Luis XIV la mandó parar e impuso un silencio total sobre el asunto al sobrino y al nieto.⁷

Aquella incertidumbre política concluyó con un manifiesto firmado por veintiocho nobles en el que renovaron su adhesión al rey, el 19 de septiembre de 1710, antes de la toma de Madrid por las tropas aliadas (3 de diciembre). Lo encabezaba el duque de Medina Sidonia. Entonces las dudas de Luis XIV se despejaron. El rey de Francia apostó con decisión por su nieto y envió al duque de Vendôme. Las tropas borbónicas consiguieron los triunfos de Brihuega y Villaviciosa el 9 y 10 de diciembre de 1710 y consolidaron definitivamente a Felipe V en el trono español cuando ya se habían emprendido las negociaciones secretas entre Francia y Gran Bretaña que establecieron los acuerdos preliminares para Utrecht (1713).

Para concluir: este brillante y exitoso enfoque de una historia militar total y comparada podría constituir el germen de un gran proyecto colectivo para estudiar a fondo la Guerra de Sucesión española. Habría que considerar el objetivo muy en serio, puesto que se trata de un reto importante que tiene pendiente la historiografía española.

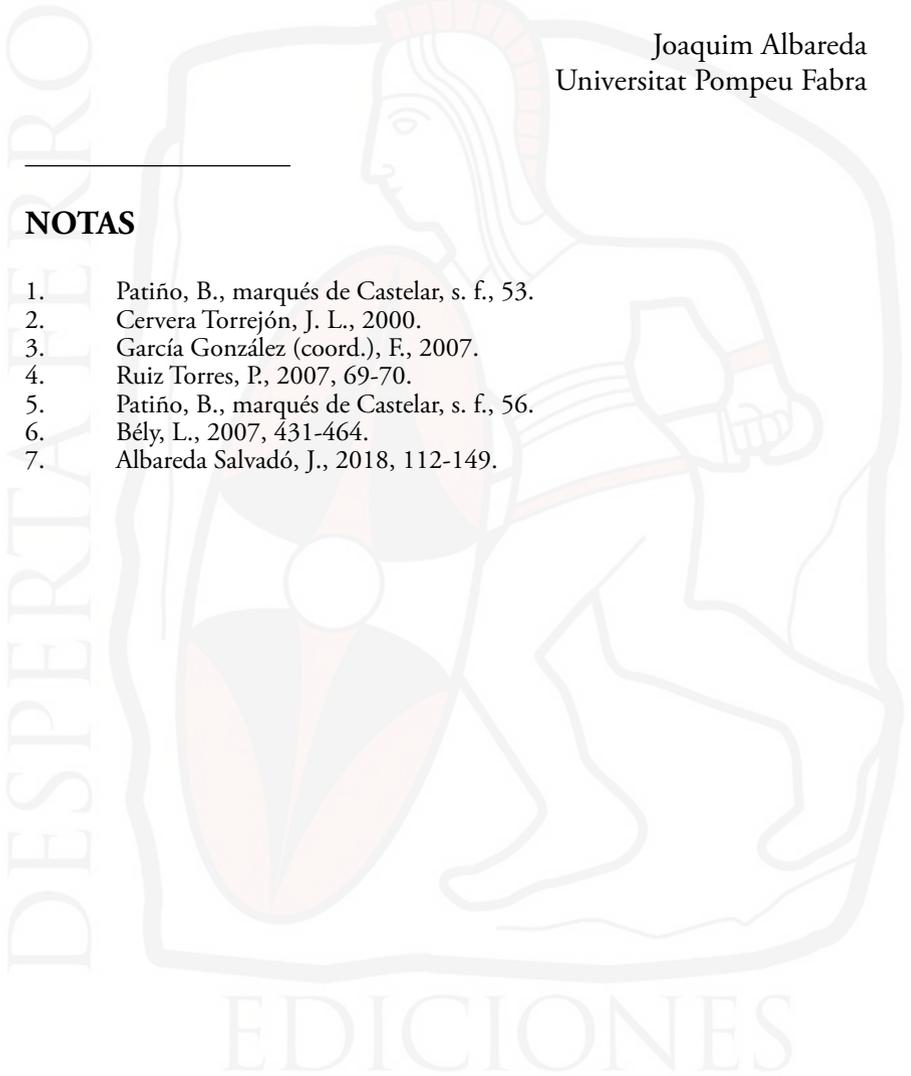
El lector tiene en sus manos el resultado de un gran trabajo, de un planteamiento ejemplar que esperamos que tenga continuidad, más meritorio aún, si cabe, si tenemos en cuenta los graves problemas de salud con los que tuvo que lidiar el autor durante la realización de su tesis, con lo que demostró una inmensa capacidad de resistencia y

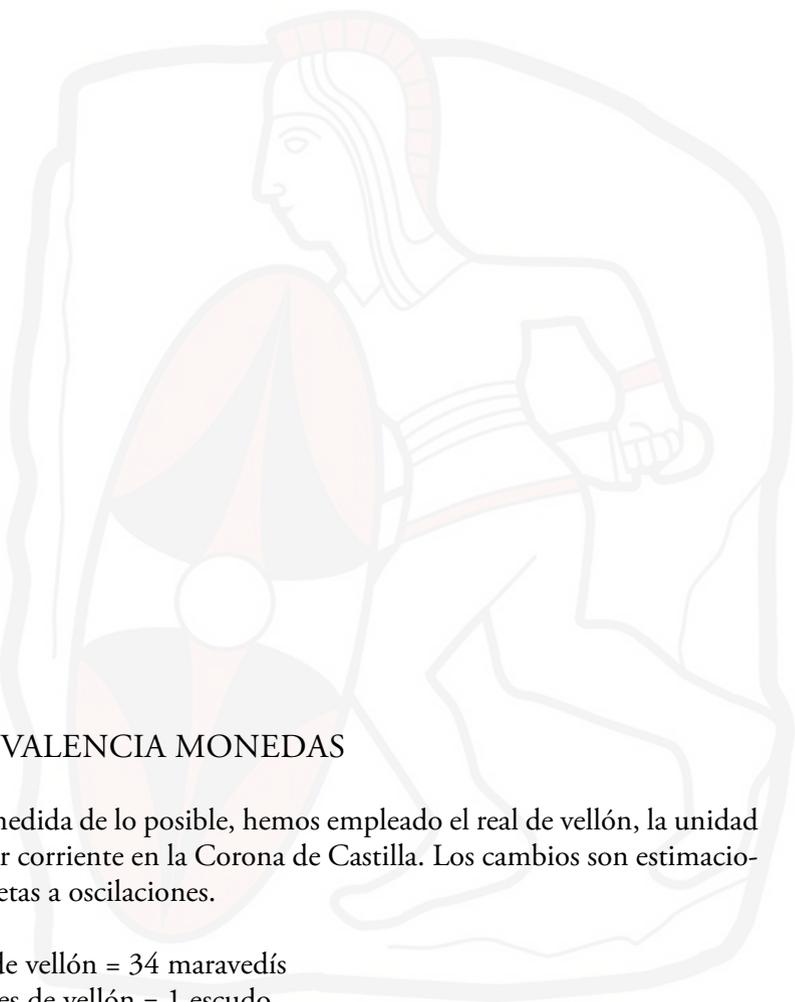
de sufrimiento, atributo de los mejores ciclistas a los que Aitor Díaz admira, con razón. En este sentido no puedo dejar de señalar que encontró en el profesor Rafa Torres no solo al mejor director de equipo (entiéndase investigador), emprendedor e innovador en el ámbito de la historia militar, sino también a un excelente compañero.

Joaquim Albareda
Universitat Pompeu Fabra

NOTAS

1. Patiño, B., marqués de Castelar, s. f., 53.
2. Cervera Torrejón, J. L., 2000.
3. García González (coord.), F., 2007.
4. Ruiz Torres, P., 2007, 69-70.
5. Patiño, B., marqués de Castelar, s. f., 56.
6. Bély, L., 2007, 431-464.
7. Albareda Salvadó, J., 2018, 112-149.





EQUIVALENCIA MONEDAS

En la medida de lo posible, hemos empleado el real de vellón, la unidad de valor corriente en la Corona de Castilla. Los cambios son estimaciones sujetas a oscilaciones.

1 real de vellón = 34 maravedís

10 reales de vellón = 1 escudo

11 reales de vellón = 1 ducado

15 reales de vellón = 1 peso

60 reales de vellón = 1 doblón

1 libra esterlina inglesa = 90 reales de vellón

1 libra tornesa francesa o *livre* = 5 reales de vellón

1 *écu* o escudo francés = 3 libras tornesas

1 *pistole* o luis de oro = 6 escudos

INTRODUCCIÓN

A propósito de Almansa

*Felipe bost garrena zanean etorri
Espaniara aguintari
Yrunen dantzatzuzan Pachico chiquia
Arrituzuen jende guztia,
arren dantzat ze co jaquin duriac,
Pozquidatuzituen Españiaco guizon aundiac
Erregue maitedu Ondarrabiac.¹*

En 1784, Jean-François de Pérusse, duque de Cars, coronel del regimiento de dragones del Artois y uno de los nietos del duque de Berwick, vencedor en Almansa, se encontraba en Görlitz, asistiendo a las maniobras del ejército prusiano. El duque de Cars recordaba en sus memorias el intenso calor de aquel verano, las cenas con aristócratas como el duque de Brunswick, Alberto de Sajonia, la archiduquesa Cristina y el príncipe heredero Federico Guillermo, y, claro está, el momento en el que Federico II de Prusia tuvo la amabilidad de reclamar su atención. El militar francés estaba interesado en visitar el campo de batalla de Zorndorf –sito en lo que en la actualidad es la localidad polaca de Sarbinowo–, lugar de la batalla en el que las tropas prusianas rechazaron al ejército ruso en 1758. Tras presenciar la revista efectuada en el castillo de Custrin –hoy en día Kostrzyn nad Odrą– y colmar de elogios el poderío militar prusiano, Cars fue agasajado por Federico durante unas maniobras militares. Aquel coronel francés tan interesado en su ejército había despertado su simpatía. Tras una breve charla, la mayor figura militar del siglo XVIII comenzó a elogiar a los grandes militares franceses del reinado de Luis XIV. Los mariscales de Luxemburgo y de Turena eran para él «les vrais fondateurs de la grande tactique», o «los verdaderos fundadores de las grandes tácticas», de los cuales las demás naciones se habían limitado a aprender.

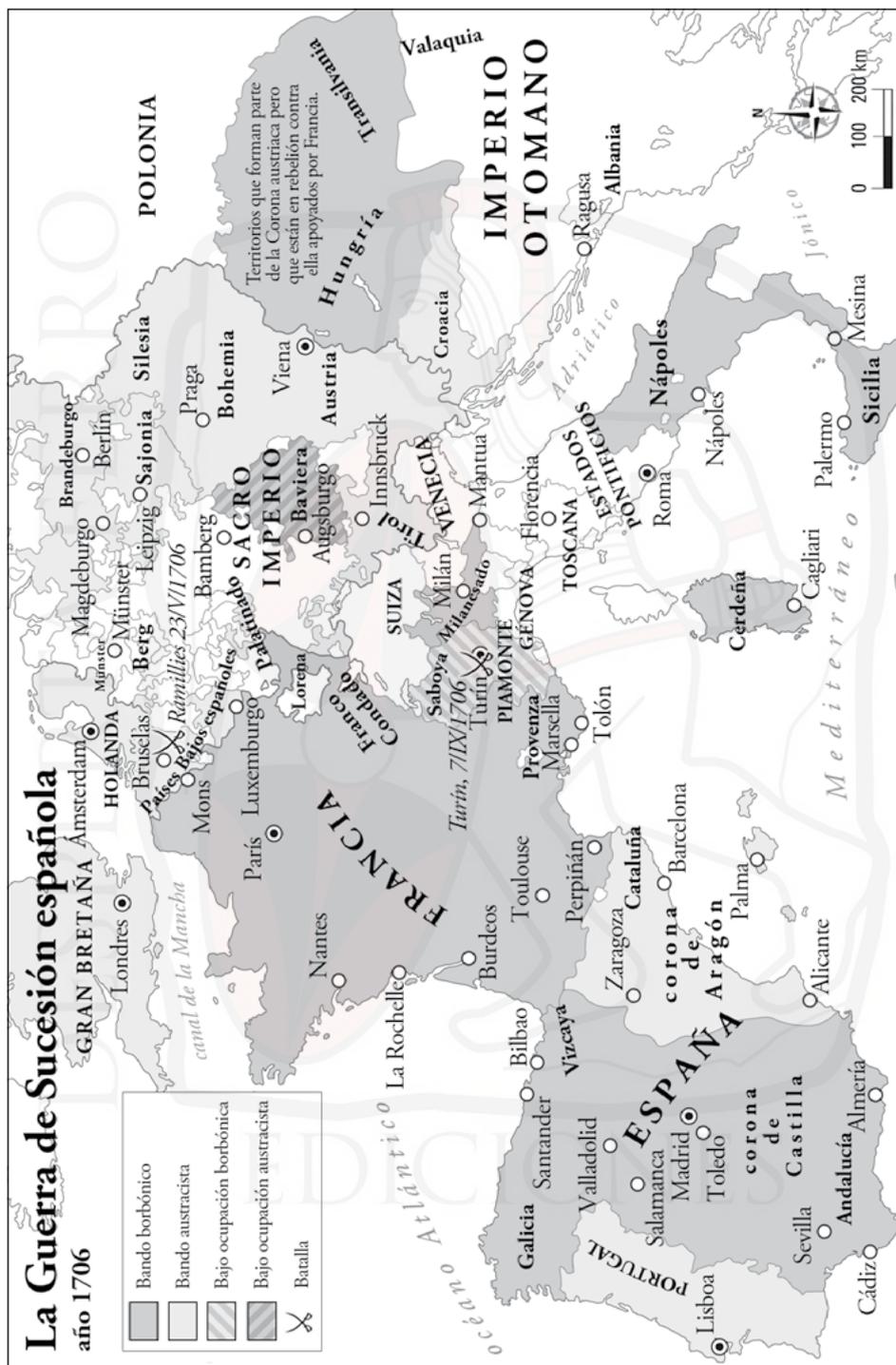
A ellos había que añadir al duque de Berwick y su obra maestra: «Si se me permite dar mi opinión, considero que la batalla de Almansa es la más erudita de este siglo». El duque de Cars no podía recibir un mayor

cumplido hacia su abuelo y, o al menos así debió de sentirlo, hacia su persona.² Las buenas palabras de Federico II estaban medidas a la perfección. Los de Luxemburgo y Turena, amén de ser los dos grandes generales del reinado de Luis XIV y los referentes del propio Berwick, fueron excelentes estrategas y logistas. Federico, que en muchas ocasiones se vio en clara inferioridad en su lucha contra Austria y Rusia, conocía mejor que nadie la importancia de llegar al campo de batalla, o a las trincheras que circunvalaban una ciudad asediada, con una superioridad que asegurase la victoria. Para ello, era necesario controlar cada detalle. Pocos militares tenían la visión del todo y el don de la microgestión, y Berwick había sido uno de ellos. Figuras como la del malogrado Ferdinand de Marsin y la del ambicioso duque de Orleans, a los que conoceremos más adelante, mostraban, respectivamente, dotes como militares y políticos, pero no aunaban las cualidades que convirtieron a Berwick en el hombre clave de la resurrección borbónica en España. Incluso en el caso de Francia, siempre empleada como ejemplo de coloso geográfica y logísticamente cohesionado frente a potencias marítimas como Inglaterra o monarquías compuestas como España y Austria, el proceso de transportar tropas, suministros, materiales y dinero suponía un formidable problema.³

De ahí que nosotros, como hizo Federico de Prusia en su juventud al estudiar las campañas militares de su tiempo, nos preguntemos en primer lugar cómo pudo el ejército borbónico ganar la batalla de Almansa con tanta solvencia y con una clara superioridad numérica pero también de medios. Tenga en mente el lector que, según la tratadística militar de la época, un ejército de sesenta mil almas, que incluía a oficiales y soldados, pero también a la ristra de muleros, vivanderos, pajes, e incluso mujeres y niños que seguía a las tropas, podía consumir a diario noventa mil raciones de pan. Semejante maquinaria necesitaba para combatir y desplazarse unos cuarenta mil caballos, imprescindibles para transportar desde el tren de artillería hasta los hornos móviles, engullendo por su parte mil toneladas de forraje al día.⁴ Los granjeros y ganaderos, pero también los talleres textiles o armeros, vendían su producción a los factores de los asentistas y de la administración. Las redes constituidas en torno a los vínculos de parentesco y origen, como en el caso de los hombres de negocios navarros en España, o de afinidad política y pertenencia religiosa, como podemos ver en los círculos *whigs* y *tories* en la esfera británica o en los circuitos internacionales controlados por sefardíes y hugonotes, formaban una amplia cadena de intermediarios entre productores y ejército necesaria para pagar a los proveedores y abastecer las tropas.

La Guerra de Sucesión española no escapaba a esta problemática. Ya en sus primeros compases, en agosto de 1701, René de Froulay, conde de Tessé, escribía con una mezcla de entusiasmo y asombro a Michel Chamillart, *secrétaire d'État de la Guerre* y *contrôleur général des finances* de Luis XIV. Tessé, que poco después padecería las dificultades de la guerra en España, intentaba explicar la aparente facilidad con la que el mariscal Nicolas Catinat movía al ejército borbónico en Lombardía. Para Tessé, veterano militar, aquel leviatán, compuesto por miles de hombres, mujeres, niños y bestias de carga, continuaba siendo un imprevisible gólem, un gigante con vida propia, el cual podía enfermar, deshacerse o huir en cualquier momento. Había algo «invisible» en ello, una especie de *enchantement perpétuel et impénétrable* capaz de conducir aquella *machine* integrada por miles de individuos. Pese a sus dotes de mando, Catinat caería en desgracia poco después, al operar al margen de las instrucciones enviadas por Luis XIV desde Versalles, a casi mil kilómetros de Desenzano del Garda. Su competente gestión no impidió que aquella localidad fuese saqueada por las tropas imperiales.⁵ Catinat, defenestrado de manera fulminante y herido por las críticas recibidas, tuvo el valor de responder al ministro Chamillart después de ser cesado, recordándole que «il faudrait, si j'ose prendre la liberté de vous le dire, être sur le lieux» o «Sería necesario, si oso tomarme la libertad de hacerlo, de estar en la misma situación» para entender las dificultades del ejército de Italia.⁶

La guerra, sin duda, era mucho más sencilla lejos del frente. Esta primera cuestión, por fuerza, nos lleva a todos –al militar, al investigador y al lector– a ampliar el foco. Para explicar la victoria borbónica en Almansa, así como sus repercusiones, tenemos que estudiar la estrategia planteada por el duque de Berwick durante 1706 y 1707. Pero, también, tenemos que entender cómo cobraba vida aquel leviatán que, para seguir combatiendo, necesitaba reclutar, pagar, alimentar, vestir y alojar a decenas de miles de soldados. Se trataba de un colosal esfuerzo que implicaba a toda la sociedad, y que en este libro nos lleva de pregunta en pregunta a una gran respuesta coral que explica una época. La batalla de Almansa, clímax dramático en el que, por fin, se encontraron los ejércitos de las Dos Coronas y de los Aliados, marcó el punto de no retorno de la guerra en España, toda vez que evidenciaba la imposibilidad aliada de imponerse en suelo peninsular. Un hito, en cualquier caso, complejo, y que merecía un estudio en profundidad. Nada más lejos de nuestra intención el caer en simplificaciones propias de autores como Martin Hume, quien, decimonónico y engolado, afirmaba en 1898 que «la batalla de Almansa dio España a los Borbones», en el marco de una



supuesta lucha ancestral entre «godos-celíberos», es decir, castellanos, y mediterráneos «hombres de sangre romance».⁷

Sin caer en estos tipismos, podemos afirmar que lo sucedido aquel 25 de abril de 1707 marcaría la configuración geopolítica del siglo XVIII. No obstante, como ya hemos apuntado, este libro aspira a ser algo más que un libro sobre una batalla o, en un sentido más amplio, sobre una campaña militar. Aquella tarde de abril combatieron dos ejércitos formados por dos coaliciones con intereses contrapuestos que iban mucho más allá del mero conflicto dinástico. Por un lado, las monarquías francesa y española, amén de compartir la causa común de sentar —y asentar— en el trono de Madrid al nieto de Luis XIV, escondían proyectos políticos y comerciales en ocasiones contrapuestos, o, en el mejor de los casos, difíciles de compaginar. Las tensiones internas eran si cabe mayores en el seno del austracismo, con un candidato imperial, el archiduque Carlos, tenuemente apoyado por Austria y dependiente de sus aliados británicos. Todo esto iba a quedar retratado de forma dramática en Almansa. Relacionar y engarzar lo geopolítico, sociológico y macroeconómico con un hecho concreto no es sencillo, y la historiografía rara vez ha pretendido abordar algo tan específico como una batalla desde un enfoque global. Por nuestra parte, consideramos que, si no interiorizamos la escala del conflicto, a duras penas podremos entender la Guerra de Sucesión española, principio extrapolable a cualquier otra guerra de esta magnitud.

Ahondando en esta reflexión introductoria, resulta llamativo que no existan apenas intentos de valerse de la batalla como acontecimiento histórico para plantear un estudio más amplio que trascienda lo militar. Los aspectos e intereses comerciales, financieros, logísticos y geopolíticos inherentes a toda guerra rara vez son objeto de divulgación, pese a ser esenciales para su mejor comprensión y contextualización. Pese a ello, aún hoy, muchos europeos son capaces de identificar y situar en una época determinada batallas como Mühlberg (1547), San Quintín (1557), Lepanto (1571), Nördlingen (1634), Rocroi (1643), Viena (1683), Fontenoy (1745), Leuthen (1757), Austerlitz (1805) o Waterloo (1815). Todas ellas condensan el drama, la acción y el heroísmo en unas pocas horas, y asientan en la mente del lector la imagen de la batalla como el antes y el después, el momento que decide la historia, la moneda al aire, en esencia, la culminación de un proceso que inevitable y necesariamente tenía que concluir en el campo de batalla. Una aproximación simplificadora pero atractiva, aceptada desde la historiografía decimonónica, marcada por las guerras napoleónicas, hasta la actualidad, y que nos deja frases como la del hispanista Martin Hume, citada

hace unas líneas. Por desgracia, estas bravatas han permitido eludir una investigación más amplia, convirtiéndose en un atajo en el que la historiografía y el público general se han encontrado demasiado cómodos.⁸

Ocurre que, al contrastar estos grandes hitos con la realidad, su importancia suele quedar supeditada a la alta política. Centrémonos en la Guerra de Sucesión española. Ninguna de las grandes batallas libradas en Alemania y los Países Bajos «decidieron» la guerra. Cuando tuvieron lugar las dos batallas que crearon el mito militar del duque de Marlborough, Blenheim (1704) y Ramillies (1706), quedaban diez años de guerra tras la primera, y ocho tras la segunda. La salida de Marlborough de la vida política británica en 1710, por la puerta trasera y con una imagen pública deteriorada, lo dicen todo. Ramillies prácticamente expulsó al ejército borbónico de Flandes y terminó con los dos siglos de historia de los Países Bajos españoles, pero a ella siguió un trabajoso avance en la campaña de 1706 maquillado por la toma de ciudades mal defendidas que apenas opusieron resistencia y un año, 1707, de absoluto estancamiento. Es más, incluso podría argumentarse que la obligación de mejorar las fortificaciones y guarnicionar tropas, caída en manos de británicos y neerlandeses, permitió a los franceses ganar tiempo y afrontar con mayores garantías otros ocho años de guerra, y gracias a ello recuperar plazas de la importancia de Gante, para volver a perderlas en 1708, tras la última gran derrota francesa: Oudenarde.⁹ En fin, una guerra larga, lenta, de posiciones y asedios, con sonadas batallas –pero en años alternos, casi a cuentagotas–, que no parece servir a la narrativa de la batalla decisiva.

Sin duda, el mejor ejemplo es la batalla de Blenheim, la victoria más efectista de aquella guerra: el ejército borbónico rondó las veinte mil bajas entre heridos y muertos, lo que incluye a los tres mil ahogados que intentaron huir cruzando el Danubio a nado, y otros catorce mil hombres que fueron capturados como prisioneros de guerra. Con alrededor de cincuenta mil efectivos al comienzo de aquella jornada, Luis XIV perdió en unas horas tres cuartas partes de las tropas que integraban sus fuerzas en Centroeuropa, y se vio obligado a replantear su estrategia bélica, pasando a la defensiva y operando en los contornos de la propia Francia.¹⁰ En Ramillies, el ejército francés, compuesto por alrededor de sesenta mil hombres que lamentó quince mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros, lo que dejó un terrible saldo de pérdidas, se retiró de las regiones de Brabante y Flandes en lo que hoy en día es Bélgica. En Oudenarde, la fuerza de ochenta mil unidades comandada por los duques de Vendôme y de Borgoña, contabilizó dieciocho mil bajas, un 23 % de sus efectivos. En Malplaquet (1709), la batalla más sangrienta del conflicto, los aliados

sumaban cien mil soldados entre las fuerzas británicas, neerlandesas e imperiales, y perdieron a veintidós mil de ellos, por las once mil bajas del ejército borbónico de un total de ochenta mil efectivos, es decir, un 22 % y un 13 % de pérdidas humanas.¹¹ Estos números, terribles, con todo, no sirvieron para finalizar la guerra y alcanzar unos acuerdos de paz.

Al mismo tiempo, y aquí está la singularidad de la batalla que protagoniza este libro, estas cifras palidecen cuando las comparamos con lo sucedido en Almansa, donde el ejército comandado por Henri de Masue, conde de Galway, y el marqués de las Minas perdió hasta quince mil hombres, es decir, en torno al setenta por ciento de sus efectivos. Por si fuera poco, la derrota provocó una huida desesperada hasta Tortosa, cruzando el Ebro y facilitando la ocupación borbónica de los reinos de Valencia y de Aragón y su avance hasta Lérida. Un corrimiento del frente de guerra de cientos de kilómetros, tan solo comparable a la guerra en los confines orientales del continente. España, en contraste con la Europa occidental, ofrecía las condiciones idóneas para una guerra protagonizada por la movilidad. La ausencia de ciudadelas modernas en el interior peninsular, la dispersión de los grandes núcleos urbanos, la baja densidad de población, las enormes distancias que perjudicaban sobremanera a las potencias extranjeras en liza, los problemas para abastecer sobre el terreno a miles de soldados, y la participación de la población civil como parte activa del conflicto, dificultaban la delimitación del frente de guerra y provocaban grandes movimientos pendulares. Es así como, a simple vista, los ejércitos que combatieron en Almansa representaban a las mayores potencias militares de la época, empleando tácticas y armamento modernos. Sin embargo, y esto hacía de la guerra en España algo casi desconocido para los contemporáneos, se estaba combatiendo en un escenario que en nada se parecía a Flandes o el Palatinado.

En pocas palabras, en Almansa, dos ejércitos modernos combatieron en un escenario medieval y lo hicieron con un resultado púnico, de práctica destrucción del rival. A contracorriente del actual revisionismo en torno al concepto de batalla decisiva, lo sucedido en Almansa sí fue decisivo. No obstante, y pese al atractivo y la significación del escenario ibérico, en el intento de abordar la Guerra de Sucesión española *en España* se han publicado pocas monografías¹² y escasas obras colectivas,¹³ publicadas varias de ellas, de forma reveladora, a propósito del tercer centenario de la batalla de Almansa.¹⁴ La bibliografía centrada en las batallas que tuvieron lugar en suelo peninsular brilla por su ausencia, con tan solo una publicación dedicada a la batalla de Almansa.¹⁵ La historiografía internacional, marcadamente anglocéntrica y centrada en la pugna entre las

monarquías británica y francesa, no ha replanteado y redimensionado el peso de las relaciones internacionales y el comercio en dicha guerra hasta la pasada década.¹⁶ En el caso español, la historiografía se ha centrado en el análisis político-institucional del conflicto, recorriendo sus causas y consecuencias,¹⁷ siendo esto de especial recorrido desde la óptica catalanista¹⁸ y, en ocasiones, politizando e interpretando los hechos desde la anacronía y la ucronía, e incluso psicoanalizando a las partes implicadas, contorsionismo intelectual analizado por García Cárcel.¹⁹ Las más de las veces, esto se ha efectuado pasando de puntillas por la naturaleza real y profunda de la guerra, y por supuesto esquivando cualquier investigación sobre las campañas decisivas y todo lo que tienen que contarnos, tal como señaló García Hernán.²⁰

Todo esto es llamativo dada la importancia y trascendencia internacional de la Guerra de Sucesión española. A fin de cuentas, mientras tenían lugar los acontecimientos que vamos a relatar, acontecía el crucial cambio vivido en Gran Bretaña en el tránsito del siglo XVII al siglo XVIII —la unión política y comercial de Inglaterra y Escocia, la creación del Banco de Inglaterra y la Bolsa de Londres, el triunfo del parlamentarismo y el comienzo de la deuda pública soberana—, convertida en la definición y el modelo de ese nuevo Estado fiscal-militar y de la doctrina política y económica que iba a marcar cuando menos la evolución del mundo anglosajón, y, por añadidura, de Occidente. A su vez, la guerra provocó una grave crisis en el seno de la Monarquía francesa, y revitalizó a la propia España. Ni que decir tiene que condicionó profundamente la relación entre las monarquías española y francesa durante todo el siglo XVIII, así como el equilibrio de poderes internacional. Asimismo, creó nuevos conflictos y áreas de influencia, como pudo verse en Italia y los Países Bajos. Y, sin embargo, insistimos en que escasean las monografías al respecto. Mucho se ha escrito sobre las causas y consecuencias de la guerra, pero ninguna obra se sostiene con la introducción y el desenlace, prescindiendo del nudo.

Una historia que daba comienzo gracias a la decisión de Carlos II de legar su herencia íntegra al segundo nieto de Luis XIV. Una convicción, la de conservar en su totalidad las partes que componían la Monarquía española, conviene subrayarlo, compartida por borbónicos y austracistas, ambos, no obstante, vampirizados por sus respectivos protectores, es decir, Francia, por un lado, y por el otro Gran Bretaña y, en menor medida, Austria. Si bien las hostilidades se desencadenaron en Italia en 1701, la guerra no desembarcó —literalmente— en la península ibérica hasta 1704, y lo hizo en Portugal. No fue hasta 1705, con la toma de Barcelona por parte de la flota angloholandesa tras un primer intento fallido el año ante-

rior, cuando la guerra se reprodujo a gran escala a lo largo de la geografía española.²¹ Daba comienzo una dualidad entre la guerra en España y en el resto de Europa que fue difícil de entender y justificar hasta para sus propios responsables. España era, al mismo tiempo, frente secundario y *leitmotiv* de todo lo que estaba sucediendo en Europa. El frente peninsular era así un escenario menor en lo militar, complejo en el plano logístico, costoso para ambos bandos, pero ¿cuál era el sentido de todo aquello, sino colocar al archiduque Carlos en el trono español o, en su defecto, mantener a Felipe V en Madrid? ¿Merecía la pena el esfuerzo en los Países Bajos e Italia, si la guerra se perdía en España?

Esa tensión interna recorrió las cancillerías europeas durante más de una década, y se detalla aquí. Este trabajo sigue las balas, pero también sigue el dinero y las redes de intereses creados que explican adhesiones y rechazos, éxitos y fracasos. Los miles de vidas que se vieron afectadas por los sucesos de 1706 y 1707 lo hicieron en aras de una colosal empresa colectiva, que no era otra que la aspiración a la hegemonía mundial, compartida por las grandes potencias europeas de la época. Una historia, en fin, que merece ser contada, de lo individual a lo colectivo, y de lo local a lo global, marcada como está por la violencia y la ambición, pero también por el sacrificio y la compasión, la misma que sus protagonistas esperan encontrar en los lectores del presente. A fin de cuentas, sus vidas chocaron en una batalla decisiva:

*Down by a crystal river side,
I fell a weeping;
to see my brother soldier dear,
upon the ground lie bleeding.*

Junto al arroyo de agua cristalina
 Sentí un lamento
 Al ver a mi querido camarada
 Yaciendo ensangrentado en el suelo

*It was from the Castle of Vino,
we marched on Easter Sunday;
and the battle of Almansa,
was fought on Easter Monday.²²*

Desde el castillo de Vino
 Marchamos en el domingo de Pascua
 Y combatimos en el lunes de Pascua
 en la batalla de Almansa.

NOTAS

1. En castellano: «Cuando Felipe quinto llegó a España como dirigente en Irún bailó Pachico el pequeño, asombró a todo el mundo su sabiduría para bailar, alegró a los grandes hombres de España, Ondarrabia ama al

- rey», en Inzenga, J., 1874, 93-94. Debo el conocimiento de esta canción a Luisfer Etxeberria.
2. El viaje del duque de Cars se reparte entre el final del primer tomo y el comienzo del segundo tomo de sus memorias. La conversación en cuestión entre Federico de Prusia y él, en De Pérusse, duc des Cars, 1890, t. II, 1-12.
 3. Recordemos el supremo esfuerzo que supuso la construcción del Canal del Mediodía entre 1666 y 1681 para conectar la costa atlántica y la mediterránea. Aun así, pese a este logro, podemos imaginar la dificultad de enviar, por ejemplo, armamento, munición y pólvora desde el Franco Condado, Borgoña o el Delfinado hasta el norte de Italia, atravesando zonas con escasa densidad de población, malos caminos, nulas conexiones fluviales, multitud de aduanas, impuestos y privilegios locales, y con, por último, los Alpes de por medio. Rowlands, G., 2011, 25, 492-514.
 4. Oury, C., 2020, 142.
 5. Drévilhon, H., 2015, 54-58.
 6. Moret, E., 1851, 172.
 7. Hume, M., 1999, 241.
 8. Noah Harari, Y., 2007, vol. 18, 251-266.
 9. Ostwald, J., 2000, 64, 649-678.
 10. Nolan, C. J., 2019, 129.
 11. Corvisier, A., 2013, 129-132.
 12. Kamen, H., 1974; Francis, D., 1975; Voltes Bou, P., 1990; Hugill, J. A. C., 1991; Falkner, J., 2015; Oury, C., *op. cit.*
 13. VV. AA., 2000; Álvarez-Ossorio, A., García García, B. J., León Sanz, V. (eds.), 2007.
 14. Cervera Torrejón, J. L., Gavara Prior, J., Mira González, E. (eds.), 2007; García González, F. (ed.), 2007.
 15. Cervera Torrejón, J. L., 2000.
 16. Scott, H., 2018, 29-59.
 17. Albareda, J., 2010.
 18. Torras i Ribé, J. M., 1999; Albareda, J., 2002.
 19. García Cárcel, R., 2002.
 20. García Hernán, D., 2014, 71-94.
 21. Espino López, A., 2014, 224-225.
 22. Logan, W. H., 1869, 82-84.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Un libro realmente imprescindible, por su exhaustiva documentación y construcción de un relato tan innovador como sugerente sobre la Guerra de Sucesión española. Sin duda, una lectura necesaria para comprender una etapa decisiva en la historia de España y Europa».

Rafael Torres, autor de *Historia de un triunfo*.
La Armada española en el siglo XVIII

En el verano de 1706, lo impensable se había tornado en realidad. Madrid estaba ocupada por las tropas del archiduque Carlos, proclamado ya como Carlos III. Mientras tanto, Felipe V, de campamento en campamento, esperaba los refuerzos provenientes de Francia, y rogaba fidelidad a los reinos de Andalucía. La Corona de Aragón se había perdido y la situación en la Corona de Castilla era muy delicada. La guerra parecía haber alcanzado un punto de no retorno. Un año después, la situación no podía ser más diferente: en el verano de 1707 las tropas borbónicas avanzaban sobre Lérida tras ocupar Zaragoza y hacerse con el control del valle del Ebro, y sitiaban las últimas plazas archiducuales del reino de Valencia, con el territorio austracista limitado a Cataluña. En este cambio de tornas fue decisiva la batalla de Almansa, acontecida el 25 de abril de ese año, un choque que cambió el curso de la Guerra de Sucesión española.

¿Cómo fue posible tan espectacular giro de los acontecimientos?
¿Por qué el ejército borbónico fue tan superior en Almansa?
¿Qué factores estratégicos, pero también políticos, económicos, logísticos y sociales sentaron las bases de este triunfo? Este ensayo aborda ese choque crucial para integrarlo en el retrato de un tiempo y de los individuos que lo vivieron, desde el prisionero de guerra al gran financiero, desde el taller donde se montaban los fusiles al gabinete donde se tomaban las decisiones: una historia global y comparada, que recorre esos doce meses que consolidaron a Felipe V en el trono y que cambiaron la historia de España.

ISBN: 978-84-124830-4-8



9 788412 483048

P.V.P.: 25,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**